

LA DÉCADA DE LOS SESENTA EN LA PINTURA DE RAMIRO TAPIA

Siempre he dicho que la trayectoria de mi obra se conforma de etapas, que van desgranándose unas de otras produciendo diversas series. Esto se debe a mi propia personalidad, inquieta y mutante. Hay dos tipos de pintores, unos conformistas, cuya obra es siempre equivalente, mimética, en la que se encuentran a gusto porque ya la dominan, y esto produce seguridad. Otros por su especial temperamento, curioso, inquieto, se arriesgan a dar el salto a otros espacios, produciendo esa versatilidad, esa heterogeneidad. Ejemplo del último es Picasso, lleno de etapas, escudriñando todos los rincones del alma, vehemente hasta las últimas consecuencias. Saura ó Miró serían los antagonicos, pues Miró a partir de un momento también se mimetizaba.

En los años sesenta, yo trabajaba a caballo entre dos ámbitos, entre dos ambientes casi opuestos, lo que producía una dualidad en mi producción. Por una parte me encontraba inmerso en el ambiente artístico de Madrid, con su bohemia de artistas en plena ebullición, exposiciones, estrenos, tertulias, y todo el mundo del cine y el teatro que estaba muy ligado a los pintores. Mi primer estudio en Pueblo-Nuevo (Barrio periférico de la capital) estaba compartido con Chús Lampreave y Carmen Santonja, con las que hacíamos ilustraciones para la editorial Aguilar. El otro ambiente, estaba en la soledad del campo, donde tenía un estudio aislado, entre encinas y peñas, sin electricidad ni visos de civilización. Este ambiente me fascinaba, como contraste, y en él produje mis obras más queridas y mis sueños más profundos llevándolos al mundo del arte.

Los paisajes aquí representados corresponden a esa mística que absorbió mi espíritu entre los campos austeros de esta Castilla tan profunda. Las peñas, las rocas, la soledad que en esa época circundaba los pueblos, las gentes con sus tierras secas y duras tenían un componente plástico que me atraía profundamente. En ese campo, los murmullos de su fauna, los lamentos nocturnos de los buhos, los alcaravanes a la caída del sol, las siluetas fantasmagóricas de las encinas en la penumbra de las noches, eran para mí fuente de inspiración. De ahí el mundo misterioso de las brujas, los conjuros y las leyendas que surgían entre las pavesas de la lumbre en los fríos días de invierno.

Las obras aquí representadas corresponden primordialmente a la década de los años sesenta. Una década que abarcó un gran abanico de temáticas, muy versátil y heterogénea. Al principio de esta etapa fui poco a poco desligándome del período abstracto anterior, clasificado ahora como la vanguardia histórica española, muy abundante en la obra mía de los cincuenta.

Mi constante inquietud me llevó a otros derroteros, y me introduje en un mundo lleno de simbolismos anclados en la memoria colectiva universal como son las fábulas. Por tanto designé a estos trabajos con el nombre de FABULISMO. En el transcurso de la década alterné las visiones de mi entorno, paisajes, fauna y objetos con situaciones oníricas y fantásticas, con un mundo mágico de aquelarres y apariciones. Esta impregnación mágica y misteriosa ha presidido siempre toda mi obra.

Acabó la década con un tema titulado por el crítico de arte Ramón Faraldo, LAS MÁQUINAS CREYENTES. Estos cuadros eran literalmente retratos de máquinas inventadas, ya que intuí, como después se está comprobando, que la máquina iba a desplazar al hombre sustituyéndole, por tanto había que retratarlas como grandes

personajes históricos. Una colección de estos retratos fue inaugurada en Madrid, en la Galería Fauna´s, con gran interés por la crítica y el coleccionismo. Posteriormente se llevó a Bilbao a la Galería Illescas. Estas Máquinas se produjeron entre los años 69 y 70. Y con esto cerré este periodo tan vital y tan abundante en diversidad creativa.